

EL CASTELLANO

(CON CENSURA ECLESIASTICA)

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 3 DE DICIEMBRE DE 1904

SUSCRIPCIÓN

Plas. 3'00 Número suelto, 0'05
Año. Idem atrasado, 0'10 céntimos.
PAGO ADELANTADO Núm. 46.

ANUNCIOS ECONÓMICOS

Á LOS PROPIETARIOS

Para facilitar á los propietarios de casas deshabitadas el alquiler de éstas, EL CASTELLANO publicará una lista con el precio, sitio y condiciones de las habitaciones que se alquilan.

De este modo, por muy poco dinero, sabe todo el mundo, con seguridad, sin perder tiempo, dónde encontrar habitación barata y buena.

ALMACÉN

DE

MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

DE LA

VIUDA DE GUILLEN

Torneras, 15-TOLEDO-Telef. 350

Cementos Portland, Cales hidráulicas, Mordosín de Ariza, Azulejos, Mosaicos hidráulicos, Vidrios planos, Fífonos, Sumideros, Indoros, Hoetas para acerar, patios y bodegas ó lagares.

TOLEDANOS,

VIVA LA INMACULADA!

El día 8 de los corrientes hará cincuenta años que la infalible voz del Romano Pontífice puso fuera de toda duda, declarándola dogmática, la verdad augusta de la Concepción Inmaculada de la Virgen María.

Todos los católicos lo confesaban; todos los fieles discípulos de Cristo lo creían; todos los hijos sumisos de la Iglesia lo proclamaban. Sabios é ignorantes, tibios y fervorosos, jóvenes y ancianos, estaban firmemente persuadidos de que había sido concebida sin mancha de pecado la que nació para ser la soberana Reina de los Cielos, el embeleso del Eterno, la alegría de los Bienaventurados. Todos á una voz aclamaban concebida sin pecado original á la hija predilecta del Padre, á la madre amantísima del Hijo y á la esposa adorada del Espíritu Santo. Todos unánimemente convenían en que no pudo dejar de ser inmaculada en su concepción la que había venido á la tierra para ser la corredentora del mundo, la escogida entre millares, la quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal.

Pero no bastaba que esta simpática verdad fuese por todos tan universalmente respetada y reconocida. Era necesario, además, que pasase á constituir uno de los transcendentes dogmas de nuestra religión sacrosanta; era menester que se impusiese pena de anatema al osado que se atreviera á negarlo; era preciso que se arrojase del seno de la Iglesia á quien rechazara tan piadosa creencia.

Convencido de esta necesidad, y deseoso de acallar los clamores del pueblo cristiano, el inmortal Pío IX, de feliz memoria, enriqueció con esta nueva dogmática verdad el credo católico.

El mundo, á su promulgación, lanzó grito de júbilo, y por doquier, rivalizando en celo y entusiasmo por María, se celebró tan fausto acontecimiento con públicos festejos.

Testigos presenciales nuestros mayores, recuerdan aún con gozo y admiración, y se complacen en referirnos algunos de los episodios más salientes de tan generales cuanto espontáneas manifestaciones de santa alegría.

Hoy nos encontramos en análogas circunstancias. Se aproxima la fecha del primer centenario de tan grande suceso, y es preciso demostrar que somos dignos sucesores de los católicos, de los españoles de hace cincuenta años. Católico es el dogma que se celebra ¡Español es, y toledano sobre todo, porque los sabios españoles, y especialmente los de Toledo, lo creyeron y defendieron siempre con todas sus fuerzas.

¡Preciso es, pues, que lo celebremos con santo y patriótico entusiasmo!

En toda España se preparan fiestas solemnísimas, y no hemos de ser nosotros los más desalentados y menos fervorosos.

Lúzcanse, enhorabuena, las populosas ciudades con numerosas concurrencias que honren á María; derrochen en buen hora, en su obsequio, grandes capitales las poblaciones favorecidas por la ciega fortuna; ofrezcan los productos de su suelo y de su ingenio los pueblos eminentemente agrícolas ó industriales; á los toledanos corresponde algo más todavía, por algo Toledo es la Primada, por algo es la Imperial, por algo ostenta tan alto nombre, cercado de aureolas de brillante historia y tradiciones gloriosas.

¡Toledanos! Nosotros debemos á María el sacrificio del corazón; nosotros somos los que, por su honra y por su gloria, debemos llegar hasta el heroísmo del amor.

Nuestra suntuosa Catedral, joya del arte, museo de bellezas, templo de recogimiento, os abrirá sus puertas, y os animará, con la brillantez de sus cultos, á rendir á María Inmaculada homenaje de adoración y acatamiento.

Debemos honrar y glorificar á María, concurriendo á su santo templo, purificando nuestras conciencias mediante la recepción de los Santos Sacramentos, y haciendo públicas manifestaciones de santa alegría.

La Iglesia Catedral estará, con tan sobrado motivo, profusamente iluminada, y lucirá sus más lujosas galas, dando así mayor realce y solemnidad á sus funciones. Sigamos su ejemplo: iluminemos nuestras casas, adornemos con vistosas colgaduras nuestras fachadas y balcones, y contribuyamos, en una palabra, á que las próximas fiestas sean dignas de la ciudad de los Concilios, do fueron los Eugenio é Hedefonso; donde se consolidó la unidad católica, y donde, por espacio de luengos siglos, se ha ido siempre á la cabeza de la civilización católica de España.

¡Toledanos!, lo exigen nuestra piedad, nuestro nombre y nuestra historia. Hijos de la Imperial y la Primada: ¡Viva la Inmaculada!

LA MUJER Y LA SERPIENTE

Estamos celebrando el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra.

Este aniversario no es otra cosa que el recuerdo de una profecía consignada en las primeras páginas del primer libro sagrado, el Génesis.

Y esta profecía se refiere á las relaciones de la mujer con la serpiente: de aquí el epígrafe de este artículo.

«Pondré enemistades, dijo Dios á la serpiente, poco tiempo después del primer pecado, entre tí y la mujer, y entre tu descendencia y la de ella; y la misma mujer quebrantará tu cabeza, mientras tú pones asechanzas á su talón.» Tal es la profecía. Veamos su cumplimiento.

Es un hecho constante, universal en el tiempo y en el espacio, que entre la mujer y la serpiente ha habido y hay una continua relación de odio, de persecución, de aborrecimiento, de muerte. No hay una sola mujer que no tenga á la serpiente un miedo cerval, que no grite y huya desahogada á la vista del reptil; más aún, que no terrezca pronunciar su nombre, hasta el punto de haberse introducido entre las elegantes una costumbre, que parece ridícula y lo es; pero que demuestra la relación de temor y de odio existente entre ambas. Consiste esta costumbre,

que muchos lectores conocerán, aunque no todos, en pronunciar *lagarto*, en el momento que alguien dice *culebra*; como para evitar un mal próximo que hubiera de seguirse ó no oponer algún antidoto á la pronunciación del nombre de su enemigo. Y aquí tenemos el cumplimiento de la primera parte de la profecía, tomada en su sentido material; porque efectivamente hay perpetuas enemistades entre la mujer y la serpiente, cosa que no sucede con ninguna otra criatura de un modo tan constante y fijo.

No es menos exacto otro hecho que se refiere á la misma profecía en su segunda parte, esto es, las enemistades entre la descendencia de la serpiente y la descendencia de la mujer. No hay hombre alguno que á la vista de la serpiente deje de sentir deseos de matarla, ni ponga los medios para conseguirlo, bien dándole con el palo que por acaso lleva en la mano, bien arrojándola una piedra, bien usando de otro instrumento que tenga á su disposición; y cuando no le tiene, si la serpiente no es muy grande, aplastándole la cabeza con el tacón de su bota. Esto lo hemos visto todos y lo practicamos todos sin excepción, movidos por un instinto irreflexivo y natural, que parece haber nacido en nosotros con nosotros; sin que haya diferencia de pueblo á pueblo, de clima á clima ni de siglo á siglo; porque lo mismo que hacemos é hicimos los españoles, hacen é hicieron los hombres de todas las épocas y de todas las razas, matar ó tratar de dar muerte á la serpiente. Como las mujeres de todas las latitudes y de todos los tiempos han huido asustadas de la presencia de este reptil.

Nótese bien que esto solamente tiene relación con la serpiente; porque con los otros reptiles ó con las mismas fieras el hecho no es universal, sino limitado respecto de unos ó de otras en los diversos tiempos y en distintos pueblos. Nuestros niños juegan con las lagartijas y cogen, si pueden, los lagartos; juegan con los varios reptiles que se conocen en nuestros climas, aunque algunos les teman y huyan. Igual puede decirse de los niños y de los hombres y de las mujeres de otros pueblos con relación á los reptiles de los territorios donde viven y á las fieras de sus bosques y de sus desiertos. Las persiguen y las matan cuando esperan sacar de ellas alguna utilidad, ó de la piel ó de la carne ó de los dientes, ó de los huesos ó de todo el conjunto de su cuerpo, pero no por repulsión, por odio innato, como ocurre con las serpientes.

Ahora bien, este hecho universal é innegable ha de tener su razón de ser, su causa suficiente; puesto que, según un principio de filosofía, que es también de sentido común, nada se hace sin razón suficiente. ¿Cuál es esta razón? ¿por qué tiene la mujer—háblemos de ella sola—ese horror instintivo á la serpiente y no á otros animales?

Nos lo explica la fiesta de hoy, al recordarnos aquel desgraciado episodio paradisiaco, que tuvo por protagonistas á la primera mujer y á una serpiente. Y este hecho material, este odio instintivo queda sin explicación satisfactoria, negado aquel primer hecho, aquella palabra divina que puso enemistades perpetuas entre la mujer y la serpiente y entre los hijos de una y otra. La profecía, pues, en su sentido obvio, en su sentido natural, tuvo y tiene y seguirá teniendo cumplimiento exacto, mientras haya en el mundo serpientes y mujeres, es decir, mientras haya mundo; porque mientras dure éste se cumplirá el vaticinio de la perpetua enemistad entre la mujer, sea quien fuere, y la serpiente, de esta ó de la otra especie.

Pero la palabra divina no intentaba solamente manifestar un hecho, que cualquiera podría comprobar por sí mismo, con sólo observar lo que viera en las relaciones de la mujer y la serpiente; la profecía miraba más alto: la serpiente que sedujo á la primera mujer no era más que el instrumento de otro agente espiritual, inteligente, puesto que de su boca había salido el engaño, y el engaño supone engañador, y el engañador es una persona, porque la acción de engañar es acción personal. A esta persona, que designa San Juan en el Apocalipsis con el nombre de «serpiente antigua que se llama diablo y

satánás,» se refieren las divinas palabras, cuando anuncian la enemistad entre la mujer y la serpiente; y como el seductor se había valido de la sierpe para engañar á la mujer, á la única mujer, porque no había entonces otras; así la promesa, sin excluir las enemistades de todas las mujeres con todas las serpientes, antes bien partiendo de esa hecho, se refiere á una mujer, á la mujer «única», que quebrantará la cabeza de la culebra con su sacratísimo pie, teniendo con ella perpetuas enemistades, y siendo perpetuamente victoriosa sobre el dragón, esto es, sobre el diablo y satánás que hablara por boca de la serpiente.

Esta profecía, entendida en el sentido espiritual que acabamos de ver, es el fundamento y base del dogma de la Inmaculada Concepción de María, cuyo quincuagésimo aniversario celebra el mundo católico; y ella, así entendida, nos da la explicación de otro hecho no menos constante y universal que el anotado anteriormente. También él se refiere á las relaciones de la mujer y la serpiente; pero no ya á las relaciones del orden material y puramente humano, sino á las del orden espiritual y divino.

La serpiente, que sedujo á la primera mujer, haciéndola su esclava, conociendo por la profecía lo que debía temer de otra mujer quebrantadora y aplastadora de su cabeza, abusó de la esclava hasta un punto increíble, si no constara en la historia de la humanidad. Redujo á la mujer á servidumbre tan abyecta, que espanta leer lo que refieren los historiadores de todos los pueblos, lo mismo cultos que bárbaros y salvajes, de la abyección y rebajamiento á que llegó la infeliz hija de la no menos infeliz madre Eva, como consecuencia del dominio adquirido por ella sobre la mujer, efecto de la primera seducción.

Fué la mujer el instrumento del mal en manos de la serpiente-diablo, primero para ella misma, y después para el hombre, consentidor en el pecado primero. Y el mal, de que la desdichada mujer era á la vez instrumento y víctima, recaía sobre su cabeza como lluvia de fuego que poco á poco la iba consumiéndola y aniquilando.

Mal, muy mal estaba el hombre antes de cumplirse aquella divina promesa que anunciaba una mujer vengadora de los daños causados por la primera á instigación de la serpiente; pero mucho peor, infinitamente peor estaba la desdichada mujer por cuyo conducto había entrado el mal en el mundo. Y este hecho no puede explicarse sin admitir como cierto el relato del Génesis respecto á la tentación y la caída.

Pero se cumple la promesa; viene al mundo la mujer anunciada al principio de los tiempos; machaca, tritura la cabeza de la serpiente; esto es, sale libre de la mancha común á todo hijo de Adán; no se ve ni por un momento esclava del dragón; y éste pierde su ascendente sobre la mujer, y la mujer comienza á levantarse á alturas inconmensurables, y á ser la admiración del mundo y del mismo cielo; Dios pone en ella sus ojos divinos y la elige por esposa suya, y la mujer se desposa con Dios, y llega á ser madre de Dios, elevándose infinitamente sobre el mismo hombre y siendo el principio de la regeneración humana, como antes había sido el principio de la humana perdición.

¡Qué admirables son las obras de Dios! Por una mujer que se dejó seducir por la serpiente, la serpiente adquirió dominio despótico y cruel, ejercido con crueldad y despotismo sobre todas las mujeres. No fué la primera mujer la que inficionó con su falta al género humano, sino el primer Adán. Tampoco fué la segunda mujer la que libertó al cautivo, sacándole de la esclavitud, sino el segundo Adán. Instrumento fué de la serpiente la primera mujer para el mal; instrumento de Dios la segunda mujer para el bien.

De aquí se sigue que la mujer es siempre un instrumento para el mal ó para el bien; para el mal cuando escucha á la serpiente, cuando escucha á Dios es instrumento invencible del bien.

RAMIRO FERNÁNDEZ VALBUENA.